

TENIAS QUE SER TÚ

Para ti,
que no tienes miedo de seguir tus sueños.
Y a mis padres,
que nunca dejaron que mis sueños se escaparan.

AGRADECIMIENTOS

Los sueños son una parte esencial de este libro, ya que la historia surgió a través de un sueño, uno que me persiguió por noches hasta que fue escrito.

Quiero agradecer a Nova Casa Editorial, a Joan, a Daniel y a todo el equipo que hizo posible que *TENÍAS QUE SER TÚ* se hiciera una realidad para todos.

A mis padres, a mis hermanos y familia por el apoyo incondicional que me dan siempre sin pensarlo.

A mi *team* de siempre, Gaby Franco, Luz Meza, Pilar Rivera, Andrea Dnss y a cada una de las Dushys por ser unas personas increíbles que no me dejan en ningún momento. A cada uno de los lectores de Wattpad, sin ustedes *TQST* no estaría hoy en sus manos.

Y para ti, Paul Williams, que me enseñaste que el amor puede existir fuera de las páginas de los libros.

Destino

William

En la élite en Londres se conoce como «mantener el linaje real», yo le llamo «Mierda real». Como parte de la cultura de nuestra vida, estoy destinado a casarme con la chica que mis padres elijan. No tengo opción de ser yo quien dicte las reglas de mi destino, al parecer ya están escritas desde antes de mi nacimiento. En una de las reuniones que tuve con mi padre, me contó que tenían a cinco posibles esposas, mi hermano ya tenía a su chica y al cumplir los veintiuno anunciarían con quien sería mi destino.

Solo deseaba que no fuera fea, o difícil de manejar. Mi hermano había tenido suerte, una pequeña diosa. Jane, la esposa de mi hermano mayor, Paul, era modelo de ropa interior. Sin mencionar que su estatus en la élite era alto. Papá decía que la mía tenía un nivel mucho más alto que la de mi hermano, no

necesitábamos subir de nivel, pero sí mantener el linaje. Es por eso por lo que la negociación les llevó años.

Mi familia pertenecía a un linaje de años y herencias de la corona real. Mi tatarabuelo había sido marqués de Westmister y después de ser fiel a la Corona, la reina Victoria, que en paz descansa, le dio el título de duque. Algo que no es normal en el linaje, ya que la posición de duque era solo para los hijos de los reyes.

De igual manera, nosotros velábamos porque el linaje siempre estuviera limpio y cumplíamos a cabalidad con nuestro deber a la Corona para rendir un buen homenaje al título que teníamos. Por eso era importante que la dama con la que me casara fuera digna de ser reconocida como duquesa, ya que algún día Paul o yo, asumiríamos el puesto de duque de Westmister.

Estaba asustado, no iba a mentir. No quería pasar el resto de mi vida con una persona que no me amara, o quizá no soportara. Blake, mi amigo de la infancia, ya conocía a su futura esposa. Ninguno de los dos se quería, por lo que pasaban acostándose con medio Londres sin ningún problema.

—Es mutuo acuerdo —decía Blake—, nos acostamos con otras personas y tenemos la oportunidad de tener nuestros ratos de intimidad. Es como tener una amiga con derecho.

Quizá si no amaba a mi futura esposa, quizá podía ser eso. Una simple amiga con derecho. Había pasado obsesionado con la idea de qué mujer me tocaría, me conocía a casi todas las de la élite. No tenía que casarme hasta después de los veinticinco, por lo que aún me quedaban cuatro largos años. Por el momento la prioridad eran mis estudios y conocer a esta chica misteriosa.

¿Me pregunto cómo será?

—Bueno, hijo, esta noche será la noche —dijo papá frotándome el hombro. Estábamos desayunando en el gran comedor con mis padres y Paul tenía una sonrisa de oreja a oreja. El muy idiota sabía que estaba nervioso hasta la mierda. Le entrecerré la mirada. Si papá y mamá no estuvieran presentes le sacaría el dedo de en medio, pero ese no sería un comportamiento digno de élite.

—¡Es emocionante! —mamá se limpió una lágrima—. Te va a encantar, tienen mucho en común. Además, es hermosa, le falta un poco de arreglo, pero nada que no sea posible.

Levanté la ceja, ¿arreglo? Mierda, para que mamá diga algo como eso no era nada bueno. Suspirando negué con la cabeza. Por favor, que no sea ninguna de las gemelas Aldridge. Esas cosas sí eran feas. Con sus coletas rubias y faldas de niñas. Crucé los dedos. No podían ser ellas. Esperaba que fuera alguna del grupo de las ligas mayores, así les llamábamos a las chicas AAA, esas que eran las mejores. En cuerpo físico. Pensé en Ameli, mi primera y única novia. Siempre soñé con casarme con ella. Era perfecta. La dejé porque regresó a su país.

Francia. De no haber sido así, ahora tendríamos un gran problema porque hubiera querido que fuera de la élite.

—¿A qué hora es la cena? —pregunté recordando la cita con Lulu.

—Siete y no llegues tarde. La última vez, tú y Paul llegaron media hora tarde William, es una falta de respeto hacer eso.

—No, mamá, para nada. No llegaré tarde —le guiñé un ojo a mi hermano. Claro que iba a llegar tarde, era mi último día de libertad. Pensaba aprovecharlo al máximo.

—¿Vas a ir con Lui al centro comercial? —levanté la vista viendo a Paul. ¿Acaso leyó mis mensajes?

—Sí. Quiero una camisa nueva para hoy —mentí. En realidad, saldría a tomar un café con una chica de élite que sabía no era mi *agapi*. Su familia estaba metida en política, pero no tenían ningún linaje.

Comí a toda velocidad y subí a cambiarme. Tenía que esperar a mi mejor amigo, Lui. Su familia también mantenía un linaje bastante alto, una de sus abuelas del tiempo de Carlos II se casó con uno de los sobrinos de la reina y adquirieron el título. El punto es que ahora eran duques de York Set.

Media hora tarde y un late de por medio, finalmente, mi amigo se hizo presente. Tenía una gabardina Dior color negro, un suéter azul cielo y manejaba su deportivo como si dominara el lugar.

—¿Vas a acostarte con Lulu? —preguntó Lui.

—No creo, no quiero acostarme aún con nadie, le estoy dando un poco de tiempo...

—¿Tiempo? ¡Mierda, Will! A este paso vas a llegar virgen al matrimonio y eso sí que sería jodido.

Puse lo ojos en blanco antes de subir al deportivo. No era un secreto que aún seguía siendo virgen, no quería acostarme con cualquiera. Me estaba reservando y quizá era el único estúpido a los veintiún años que lo era.

Llegamos al centro comercial, donde nos juntaríamos con varios del grupo. No todos pertenecían exactamente a la nobleza, pero sí a la élite. La élite inglesa estaba conformada por personas de la nobleza, familias con mucho poder y familias que pertenecían a la política.

Vi a Ashley, la mayor de las hermanas Sheperd. Tenía un par de años de no verlas. Las dos chicas se habían ido a vivir a Estados Unidos a sacar sus estudios básicos. Ashley había regresado directo a comprometerse con Connor Lowell, uno de los mejores amigos de Paul. Ella ya tenía veintidós y Connor veintitrés, estaban en el límite de edad. Decía que la mujer era toda una diva. Con su cabello rubio hasta la cintura. Tenía grandes tetas y unos ojos azules tirando a celeste. Muy parecidos a los míos. Era toda una chica mala, el alma de la fiesta. Estaba en todo.

Por otro lado, estaba Abigail, era bastante... apartada. Recuerdo que cuando éramos pequeños nos gustaba molestarla demasiado. Ella tenía algo que me obligaba a ser cruel y luego pedirle perdón porque me sentía mal. Aun así, recuerdo gritarle al oído y tirarle jugo en sus cosas.

Ella sí había desaparecido por completo. No tenía redes sociales, no se comunicó con nadie en cinco años y se volvió a saber de ella, por lo que tenía desde los dieciséis de no verla. Sentí algo raro en el estómago, quizá el desayuno me había caído mal.

—Lo veo y no lo creo —dijo Ashley acercándose contoneando las caderas. Definitivamente era toda una preciosura.

—Ash —asentí con la cabeza besando su mejilla. Giré la cabeza para ver a la chica de lentes que iba a su lado. Quizá era la chica que la ayudaba con las bolsas. Tenía cabello negro, recogido en una cola de caballo. Lentes bastante grandes y vestía algo hípster. ¿Quién diablos se pone esa ropa? Fruncí el ceño viendo a la chica. Necesitaba con urgencia un corte de pelo.

—¿Recuerdas a mi hermana? —preguntó empujando a la chica. Esta se encogió de hombros dando una sonrisa fingida. ¿Esa era su hermana? Definitivamente, no había cambiado nada en estos años. ¿Qué diablos?

—No, no la recordaba —señalé un salón de belleza que estaba a tres locales. Quizá si tiraba la sugerencia la tomara en el aire—. ¿Van al salón? ¿Corte de cabello?

—Sí, tenemos una cena hoy y la niña tiene que pasar por unas transformaciones. Esto nos va a llevar todo el día —su hermana la observó de pies a cabeza. La chica de lentes solo se encogió de hombros ruborizándose. Tenía algo tierno en ese rubor.

—Bueno, si es transformación, ve que le corten el cabello y se ponga algo de maquillaje —dijo Lui señalando sus pecas—. Hay que ocultar todas esas. Además, la ropa, ¿no es algo grande para ti?

Claro, Lui aún recordaba lo cruel que éramos con ella. Intenté reprimir una sonrisa. Realmente tenía que mejorar su imagen, si algún día la emparentaban con alguien, sentiría lástima por él, al igual que las gemelas.

Sabía que Abbi tenía una ternura interna que pocos veían, que, mejor dicho, nadie la veía. Pero siempre ocultó su belleza debajo de algo muy feo.

—Eres un idiota —dijo la hermana de Ashley. Se veía enojada, al parecer este tiempo que ha pasado le había dado más carácter. Eso me gustó.

—¡Abbi! Compórtate. Igual sabes que tienen razón, hay que hacer algo con tu aspecto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no sabía si por el enojo o por lo crueles que habíamos sido con ella. Sin decir nada se dio media vuelta desapareciendo dentro del salón de belleza. Ash se encogió de hombros hablando un rato más

con nosotros. La muy zorra estaba provocándome a una cita secreta. Donde no la viera Connor. Pensé que ellos se eran fiel. Bueno, al parecer me equivoqué.

Finalmente, nos libramos de Ashley cuando apareció Lulu y Josy. Le tomé la mano a Lulu susurrando un «estás preciosa, bebe», sabía lo que provocaba en su interior. Definitivamente, iba a disfrutarme esta tarde antes de la cena. No quería ni pensar en todo este asunto de la boda preparada. Aún tenía tiempo para salir con chicas antes de tener que casarme. Se supone que solo daríamos paso al anuncio de la futura relación.

—De ese modo tendrán tiempo para conocerse —decía papá.

—Y enamorarse —concordaba mamá molesta.

Bueno, pues yo no iba a pasar tiempo conociendo a quien sea que me tocara, para eso tendría toda la vida. Ahora me concentraría en vivir mi vida antes de ese gran paso. Besé los labios de Lulu sintiéndome poderoso. Iba a disfrutármela como nunca.

La familia Hamilton

Abbi

Me miré al espejo observando las exigencias de mi hermana. Tenía puesto un vestido color crema, pegado al cuerpo marcando mis curvas. Era demasiado corto para mi gusto, pero según Ash, me vería estupenda. Los tacones también eran otro nivel, demasiado altos. Si me rompía la cara sería el fin del linaje real, o como sea que le llamen. Mi hermana creía que era una sorpresa quién sería mi futuro esposo. Ella no lo sabía, pero yo sí.

Sabía quién era. No podía creerlo cuando escuché a mi padre hablar con el señor Hamilton. Me negaba a pensar que mi papá era capaz de emparentarme con un chico que durante toda mi época estudiantil en The Royal Academy, no hizo más que molestarme, jalarme el pelo y escupir en mis cosas. Lo odiaba y odiaba que fuera él.

William Hamilton, había matado mis ilusiones de pequeña, era cruel, era muy cruel. Lo peor de todo, lo amaba desde el primer jalón de pelo en segundo grado. Había aprendido a crecer con esos subidos. Me convirtieron en la mujer que era ahora, fuerte.

Observé mi imagen una vez más. El cabello me caía en ondas recogido en media cola. Me negué a pintármelo. Mucho hice cortando las puntas y aflojando el moño que usaba de costumbre. Me quité las gafas que usaba más por costumbre que por necesidad. Tenía las cejas depiladas al igual que todas las piernas y brazos. No era una modelo de revista como todas en la élite. Solo era yo. Recordé lo que mi amiga Mary me dijo antes de que me separaran de su lado en Estados Unidos. «La libertad de elegir tu futuro está en tus manos, solo tienes

que demostrarles lo que eres capaz de ser», iba a volverme en lo que William quería y luego lo haría sufrir como nunca. Le enseñaría lo doloroso que era estar enamorado de alguien que no te deseaba, de alguien que no te quería.

—Abigail —me llamó mi madre. Era la hora. Esto sería una tortura.

Bajé con toda la elegancia que pude para aparentar que todo estaba bien. No les iba a admitir que me estaba cagando del miedo. Mamá jamás aceptaría que esto pasara, que arruinara todo por mi resentimiento que guardaba dentro. Connor, el novio de mi hermana estaba en la planta baja sosteniendo la mano de mi hermana. Al parecer, el sí sabía que sería William, su mejor amigo era Paul, el hermano de Will. Me retorcí las manos viendo cómo me observaba de pies a cabeza. Él era una mierda con mi hermana, los dos se querían y odiaban al mismo tiempo. Mi hermana se dedicaba a complacerlo y lucir lo mejor posible para que él la aceptara. Sin embargo, le seguía siendo infiel ante los ojos de mi hermana. Ella siempre lo perdonaba con la excusa de «Cuando nos casemos será diferente», tengo una noticia para todos aquellos que creen que las personas cambian.

¡Nunca lo hacen!

¿Qué tan difícil puede ser aceptar que la persona nunca cambia?

Lo vi soltar un soplido exagerado, sabía que mi hermana se había esforzado en dejarme lo mejor posible, pero... Bueno, no funcionó como todos esperaban. No quería que el cambio fuera inmediato. William tenía que creer que no era nada de lo que él esperaba y de pronto ¡BAM! Sería la modelo que todos en la élite soñaban con tener. Era un plan absurdo, lo sé... De todas formas, solo tengo veinte años. No soy tan madura como mis padres o el mundo quieren que sea. Me falta un largo camino que recorrer antes de eso.

—Deja de verme de ese modo —le saqué el dedo de en medio.

—A tu hombre le va a dar un ataque, tienes buen cuerpo, pero —negó con la cabeza— pudiste ponerte algo mejor para esta noche, ¿no crees?

—¿No te gusta? —mi hermana parecía decepcionada—. Se ve... bien.

—Si bien como una buena prostituta —levanté mis piernas—, ¿puedo ponerme mi vestido? —realmente no quería llevar esta cosa tan corta. Mamá asintió con la cabeza al tiempo que salía corriendo a colocarme el vestido que sabía era el indicado. Momentos después bajé con un vestido color crema —igual al otro—, solo que encima del vestido corto, tenía una capa brillante de tela transparente que llegaba al suelo. No quería mostrar mis piernas, no aún.

Connor levantó las cejas y sonrió. Sabía que esto era mucho mejor que el diminuto vestido de mi hermana. Dándole una señal de «te lo dije» salí de la habitación para caminar al automóvil.

Estaba asustada hasta la muerte. Este sería el principio de una nueva vida que no quería vivir.

Llegamos a la mansión de los Hamilton, después que nuestro chofer se identificara en la entrada. Recorrimos los jardines de la mansión, eran absurdamente grandes. Imagino que de día tienen que ser hermosos. No recuerdo mucho de la mansión Hamilton, era muy pequeña cuando veníamos a jugar. Bueno, mi hermana jugaba con todos los chicos y yo me escondía de ellos para que no jalaran mi pelo o me pegaran algún chicle masticado.

—¡William! —gritó mi hermana dando pequeños aplausos—. ¡Tu *agapi* es William! —repetí en mi cabeza «agapi», el modo en que llamábamos a este arreglo. Venía del griego, significaba amor. Lo único que todos nosotros no sentíamos era amor. ¿Quién podía sentirlo cuando te obligaban a amar?

—Sí —susurré—, William.

Entramos saludando a los Hamilton, con la cortesía que mis padres me habían enseñado. La madre de William, Janette Hamilton, no dejaba de alagar mi vestido, mi peinado, incluso mis uñas falsas. Ya veremos qué opina el día que estas cosas plásticas se caigan y las uñas queden horribles. Me las observé un minuto. Ya quisiera tener estas uñas eternamente, pero sabía que solo cegarían las mías reales.

—Mi pequeño no tarda en venir a casa, está en... —la madre divagó unos momentos decidiendo qué decirnos. Sabía que tenía una cita con la chica rubia, los vi besándose en el centro comercial. Una parte de mí lo había odiado, la otra, me alentaba a seguir con este absurdo plan.

—Tiene una cita, lo sé. Lo vimos hace unas... ¡Ouch! —grité al sentir el pellizco de mi hermana. Era una maldita dulce. Le di un empujón antes de encarar a mi futura suegra.

—Ese cabrón salió con Lulu —su hermano Paul soltó una carcajada junto a Connor.

—¡Dios mío! ¿Acaso no te enseñó modales? —preguntó Janette—. Discúlpate, querido.

En ese instante escuchamos un rechinido de llantas. Me puse tensa, sabía que era William intentando llegar a tiempo, todas las miradas se fijaron en la puerta de entrada. No quería ni siquiera imaginarlo con la misma ropa que hace unas horas. Ni siquiera le daría tiempo de cambiarse para estar «presentable». Qué típico de él.

Entró corriendo quedándose estático en la puerta. La madre sacó el aire muy despacio, seguro se estaba conteniendo de pegar gritos. Lo primero que distinguí fueron sus ojos azul cielo observando todo el salón. Estaba confundido y a la vez nervioso. Finalmente, me ubicó parada junto a su madre. Le sostuve la mirada viendo cómo abría la boca. Inhaló profundo, cambió la mirada a mi hermana, a mi padre, a mi madre, a Connor, a su familia antes de regresar a mí. Negó con la cabeza.

—Tiene que ser una broma, ¿ella? —me señaló. Me mordí el labio conteniendo las ganas de llorar. Ya sabía que sería así, pero no esperé que doliera tanto.

—Tampoco estoy muy contenta —susurré con la voz entrecortada. No puedo llorar, no frente a él.

—No —dijo negando otra vez—. No puede ser ella, yo no... Amm, papá, no puedes. No ella.

—Hijo, compórtate, no es el momento ni el...

—Déjelo estar —interrumpí dándoles una sonrisa—. ¿Cenaremos o solo nos presentaremos? De cualquier modo, debo ir al baño. Con permiso.

Les lancé una última sonrisa esperando a que la chica con la bandeja me indicara dónde estaba el baño. Cerré la puerta derrumbándome como una tonta. Sabía que iba a ser así, ¿entonces por qué dolía tanto? Estaba acostumbrada a ser rechazada por la gente, incluso por mi hermana.

¿Por qué me dolía?

Debería de ser fuerte, me preparé para ser fuerte. Sabía que me veía hermosa, trabajé con la psicóloga del instituto por cinco años para no dejarme vencer por mi mala autoestima. De verdad que las cosas no iban a salir ni un poco como las planeé. Jamás serían de ese modo.

Solo es un juego

William

No podía concentrarme. Estábamos sentados en la mesa, disfrutando de una cena increíble. Mamá había pedido que prepararan de todo. La típica comida inglesa. Estaba sentado a la par de Abigail. Su aroma dulce era totalmente embriagador, parecido al algodón de azúcar. Incluso sentí la necesidad de enterrar mi cara en ese cuello e inhalar ese aroma. La mujer era linda, no una modelo, pero sí linda. Me había sentido muy mal al momento de reaccionar que sería ella. Pensé como el crío que era cuando la conocí, siempre negando lo que yo sabía muy en el fondo. Ella era diferente.

Quise entablar más de una vez conversación con ella, pero parecía evitarme. Desviando la mirada, riendo más de lo necesario y cambiando de tema cada vez que intentaba interferir. La mujer era imposible. Algo me gustaba y me gustaba mucho. Era atractiva, incluso sin los lentes sus ojos eran de un gris claro. Resaltaban con su cabello negro y su piel blanca. Era... bonita. Recordé a la chica que había visto horas atrás en el salón de belleza. No era ni la sombra de lo que vi.

Vi su plato de comida, casi ni lo había tocado. ¿Qué pasa si tiene trastornos alimenticios? Más valía que no, yo apreciaba una mujer con buen apetito. Era

amante de la comida y no deseaba pasar mi vida con alguien que le corriera a ese placer.

—¿Te gustó la comida? —pregunté observando esos ojos color tormenta. Eran... increíbles.

—Sí, gracias —sin otra palabra, me ignoró regresando a la conversación que mantenía con mi madre. Me di cuenta de que no habló ni con Connor ni con Paul. Incluso su hermana estaba excluida del radar. Era extraño.

Intenté varias veces lograr la conversación que quería mantener con ella, pero esas mismas veces me mandó a la mierda. Tomé la copa de vino tomándomela de un sorbo. Ya no estaba de humor para seguir con esto. Si no quería hablarme, pues bien. Tampoco le iba a rogar su atención. Peor si siempre sería la misma cosa, no quería pasar pegado con una mujer que creía hacerse la interesante mientras me ignoraba.

¡Qué patético!

—¿Cómo te fue con Lulu? —preguntó Connor acercándose a mi oído. Por suerte lo tenía a él en la silla continua.

—Esa chica es insaciable. No dejaba de besarme. Estoy seguro de que quería pasar a la...

—¿Quieres decir que no lo hiciste? ¡Mierda, hermano! ¿Piensas que tu primera vez va a ser con ella? —señaló de mala manera a Abbi. No creía que mi primera vez fuera a ser con ella. De seguro todo el resto de mi vida pasaríamos haciéndolo por costumbre y necesidad, no por amor. También tendría mis amantes como la mayoría, y quizá ella también. No quería que la primera y esta temporada fuera con Abigail. La observé soltar un suspiro. Esperaba que no estuviera escuchando.

—No pienso hacerlo, no aún. Tampoco con ella —puse los ojos en blanco—. No me llama la atención y lo sabes.

—Lo lamento tanto, hermano, de verdad que lo hago. Ha de ser... extraño, lo único peor que ella serían las gemelas. Dicen que le gustan los cómics y que casi no sale.

Fruncí el ceño. Esto realmente iba a ser muy malo. ¿Qué dirían mis amigos en una semana que esta porquería se anunciara? No quería que estuvieran criticándome por quedarme con una de las menos populares entre la élite. No iba a decir fea, pero ser rechazada era peor. Observé a su hermana. ¿Cómo es que ella era todo lo que su hermana no era?

—¿Puedo preguntarte algo? —me sorprendió escuchar la voz de Abbi. Me di la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué diablos le estoy sonriendo?

—La que sea —involuntariamente mi vista bajó a su escote. No pude evitar fantasear un poco con meter la cara ahí. Eran enormes.

—Primero sube la vista, no me gusta que me mires el pecho mientras te hablo

—levanté la vista sintiendo cómo me sonrojaba—. Ahora sí, señor rubor. ¿Crees que podamos hablar en algún lugar privado? Creo que necesitamos aclarar ciertas cosas antes de que sigamos con esta porquería.

Sorprendido ante su palabra poco femenina, sonreí más. Definitivamente, debajo de esa piel, había un carácter imposible de domar. Esto sería casi un reto. Volví a sonreírle emocionado.

—Sí, podemos. Después del postre, ¿te parece? Quiero que pruebes el pastel de Nutella que hace Clementina, la cocinera. Es excelente. No quiero que falte en nuestra casa.

—¿Nuestra casa? —preguntó sonriendo. Finalmente, lo había logrado. ¡Estaba sonriendo!

—Se supone que esta cena es para celebrar una futura vida juntos. ¿Me equivoco?

Negó con la cabeza antes de tomar su vaso de agua. La muy puritana se había negado a beber vino porque era aún menor de edad. ¿Quién lo diría? Encogiéndose de hombros se acercó mucho más. Mis muslos se contrajeron, mi piel se puso de gallina y mi parte masculina reaccionó al sentir su aliento rozar mi oído cuando susurró.

—No es una celebración cuando se está de luto por una decisión.

Me eché a reír. Realmente era graciosa. Captando la mirada de todos siguió riendo. La vi tapar su boca ocultando la risita que escapaba de sus labios. Un perfecto sonido gutural. Por un impulso. Tomé su mano que ocultaba su boca y la bajé para dejar que riera libremente como yo lo estaba haciendo, sus labios parecían seda, las pequeñas arrugas en sus ojos eran delicadas. Nuestras miradas se cruzaron y sentí una opresión en el estómago, dejamos de reír sintiendo que nuestra respiración se aceleraba. Tenía muchas ganas de morder su labio inferior. Algo en ella me estaba volviendo loco. Lo cual era demasiado raro.

—Y después dicen que no va a funcionar —dijo el señor Sheperd. Los dos bajamos la mirada, sintiendo cómo se calentaba mi cara, esto era vergonzoso. Connor se aclaró la garganta conteniendo la risa que le estaba saliendo involuntariamente. Seguro se quiere burlar de mí. Me negué a verlo.

Regresando la vista a la mesa, intenté ignorarla por el bien de la humanidad. La risita estúpida que había soltado me había calentado todo el cuerpo. Sexi o no, la deseaba en mi cama, desnuda y eso era mucho más de lo que nunca había imaginado de nadie. Esto no podía estar pasando. La chica a la que había molestado toda mi vida, sería mi futura esposa. Me sentía atraído por ella cuando ni siquiera era tan bonita como el resto. Esto era todo un problema existencial.

Recuerdo una vez que la molesté tanto que la hice enfadar de tal manera que rompió mi suéter de lana favorito. Para más joder la existencia, lo tiró al lodo y lo

dejó frente a mi casillero. La odié por eso, pero también me sentí orgulloso porque por primera vez había demostrado ser fuerte.

—¿Hablamos en mi habitación? —pregunté con la esperanza de volver a escuchar su risa.

—Como quieras —dijo con indiferencia. Mi celular sonó al tiempo que tomaba un trago de vino tinto. Algo no estaba bien en esto. Ahora volvía a ignorarme.

Ame: Cariño, siento que te extraño. Quisiera poder regresar a Londres para estar juntos.

El mensaje de Ameli me llegó de sorpresa. ¿Por qué estaba escribiéndome justo en este momento? Olvidé por completo la existencia de Abigail, y me concentré en responder a la mujer que me volvía loco.

Yo: En una cena familiar, pastel de Nutella. Mmmm, delicioso.

Ame: Vas a engordar, cariño, no comas esas cosas. Además, no es nada rico. A tu cocinera le falta un poco de toque francés.

Francesa insípida. No me gustaba que juzgara la comida de Clementina. Era una gran señora con un gran corazón. Tomé el tenedor para enterrarlo en el pastel justo cuando ponían el pedazo de Abbi enfrente de ella.

—Que lo disfrutes —susurré dándole un mordisco. Esta cosa era como bocado de los dioses.

—Mmmmm —susurró cuando probó el manjar de masa esponjada con *frosting* de Nutella con Nutella—. Esta cosa definitivamente estará en nuestra casa.

Me quedé de piedra al igual que ella. Era tan extraño referirse como «nuestra casa» cuando ni siquiera nos conocíamos lo suficiente. Me pregunto si a todos les pasó esto, eso de andar diciendo nuestro en todas partes. Ignorándola una vez más, escribí otro mensaje.

Yo: Una parte de mí te extraña.

No la extrañaba por completo. No cuando decía algo malo de la comida.

Ame: Lo sé, soy demasiado irresistible para no hacerlo.

Puse los ojos en blanco. Esta mujer era una arrogante. Lo peor del caso, así me gustaba. Lamentaba tanto que fuéramos de dos mundos distintos, entre élites de países no se mezclaban. Suspiré observando una vez más a Abbi, curioso, pero una parte de mí quería conocerla y la otra alejarla.

Entramos a mi habitación mientras todo el resto de la familia seguía abajo, tomando el té de medianoche. No teníamos mucho tiempo. En media hora, Abigail se iría a su casa y me dejaría solo en la tranquilidad de mi habitación para pensar en todo esto. Ameli insistió en venir a verme, de seguro le contaron que estaba a punto de comprometerme y eso le rompía el corazón al igual que a mí. No quería que supiera del compromiso, aunque de seguro ella también estaría a

unos meses de conseguir a su maldito francés.

Los celos se apoderaron de mi sistema sintiendo la opresión en mi pecho. Que alguien más la besara del modo que yo lo solía hacer, me mataba. Me senté en la orilla de mi cama observando a la chica de cabello negro y ojos grises. Realmente era bonita. Estaba oculta en todo el aspecto de «no me arreglo, porque no quiero», pero era bonita. Intenté pensar en la chica regordeta que iba a la academia con nosotros. Nos burlábamos de ella por ser tan diferente de los demás. Sin mencionar que intentaba captar mi atención todo el tiempo y en lugar de dedicarle una sonrisa jalaba su cabello o la hacía quedar en ridículo. Realmente era una muy mala persona.

—Así que... tú y yo —murmuré observándola de pie en la puerta. No se animaba a entrar. Le hice un gesto para que se acercara y sin pensarlo lo hizo. Se acercó jugando con sus manos de manera nerviosa—. No muerdo, lo prometo, siéntate.

—Pero sí jalas el pelo. No quiero volver a pasar por eso. Una vez incluso me arrancaste un mechón. Dolió mucho.

Me quedé como la piedra. Mierda, ya había olvidado esa vez. La chica lloró tanto que pensé que me expulsarían de la academia. Le lancé una sonrisa tímida. No quería que recordara esas cosas, definitivamente tenía que cambiar mi imagen ante ella, no era muy buena. De pequeños teníamos conversaciones buenas, unas que duraban horas. Claro, cuando el resto no nos observaba. Me parecía tierna en cierto punto. Como si quisiera protegerla. Ahora que lo pienso, la quería cuidar de mí mismo. Éramos malos, muy malos con ella.

El estómago se me encogió. Esto parecía un mal karma que debía pagar. La mujer a la que molesté toda mi infancia estaba a punto de comprometerse conmigo. No sabía de quién era la mala suerte, ¿de ella o mía? Le sonreí, definitivamente ella era la suertuda por tenerme.

—Lo siento. De todo corazón. Ahora, ¿de qué querías hablar?

Abbi se sentó en la silla frente al escritorio. *Se ve tan bien en este lugar. Encaja perfectamente en mi habitación.* Quitó la idea de mi cabeza. Ameli era la ideal, la que me robaba los suspiros y los sueños. Pensamos en pasar nuestra vida juntos, planeamos que ella se viniera a vivir a Londres, dejaría su grado de élite francesa y yo me revelaría ante mis padres. De ese modo podríamos estar juntos. Eternamente juntos. Vi a Abbi suspirar. Ella quizá sí había soñado una vida junto a mí, lo notaba en su mirada perdida. ¿Lo peor? Yo estaba comenzando a verla también.

—Sabemos que no nos queremos y no somos lo que esperamos, ¿verdad?

—Correcto —respondí sabiendo que no era del todo cierto. Algo en ella me llamaba demasiado. La sentía demasiado... sensual. Tenía algo diferente que me gustaba.

—Bueno, de modo que vamos a actuar como que todo está bien y nos acoplaremos. No quiere decir que seamos pareja y no podamos salir con otras personas, ¿correcto?

Me estaba ofreciendo seguir con nuestras vidas. ¿Pero qué diablos esta chica? Normalmente, pedían fidelidad y no me hagas quedar mal ante la gente. ¿Por qué me pide que la deje libre?

—¿Qué? —fue lo único que salió de mi boca—. ¿Vas a estar con otros hombres?

—Sí, tengo una vida que vivir antes de que seas mi esposo y quiero vivirla tranquila. Seguiré las normas de conocerte, asistir a las fiestas como pareja y de salir a nuestras citas. Pero no voy a serte fiel, no ahora y sé que tú tampoco lo serás por lo que esta es mi propuesta.

La miré con la boca abierta, tres mil veces ¿QUÉ? Está admitiendo que no me va a ser fiel, esto es tan, extraño de verdad. Las mujeres quieren fidelidad y nosotros prometemos dárselas con los dedos cruzados. Las engañamos bajo de agua. Además, no quiero que mi chica ande de suelta con otros. No me gustaría, no quería. ¡Mierda! No quería verla con nadie más.

De verdad quiero que Abbi sea mía y de nadie más. ¿Por qué me hace esto?

—Yo no soy lo que tú quieres y tú no eres lo que yo quiero —no soy lo que ella quiere. Pero qué diablos. ¿Qué le pasa a esta mujer? Yo soy lo que todas quieren—. Por lo que vamos a ser amigos, yo te contaré mis cosas, tú las tuyas y si te ligas con alguien más, espero me lo cuentes tú y no que me llegue como un chisme. Es parte del trato.

—Está bien —pero que mentira, no estaba bien. Dentro de la élite era uno de los más cotizados y más deseados. Como era posible que ella, la que sería mi esposa, no me desee. No me quería. Esto se estaba volviendo un reto personal.

—De acuerdo —sonrió algo decepcionada. ¿Qué pensaba que iba a hacer? Salir corriendo y rogarle que me fuera fiel, no, no lo haría. Le sonreí tomándole la barbilla en un momento de debilidad. La observé a los ojos y susurré muy cerca de sus labios.

—Tenemos un trato, pequeña.

Sin más que decir, la besé. Un beso sencillo, solo roce de bocas. Eran como la seda más suave. Me separé para ver cómo le costaba respirar, lo sabía porque me pasaba lo mismo. Sentía todos los músculos contraídos de deseo, lujuria. Cosa más fea. Me aparté regresando a mi cama. Esto era demasiado que asimilar. Tenía que seguir con el juego, debía continuar.

—Por un minuto pensé que debía pasar por la fea experiencia de serte fiel —me crucé de piernas—. Hay una chica que me vuelve loco y quiero...

—¡Guau! Mucha información —Abbi se tapó los oídos bastante molesta. Sí, señorita, así se juega. ¿Querías jugar? ¡Pues tráelo!

—¿Qué? ¿No se supone que somos amigos? —me crucé de brazos—. Los amigos se cuentan todo, ¿no es así? Seremos confidentes. Es una excelente idea, pequeña, confidentes hasta la muerte.

La vi oprimir los labios. Claro que no estaba de acuerdo, una parte de mí sabía que lo hacía por lo idiota que había sido toda la vida. Ella me deseaba, me quería. Podía verlo en sus ojos. Lo peor, yo también me sentía tentado por ella.

—Sí, excelente, amigos.

Después de intercambiar teléfonos, la vi salir de mi habitación. Esto había sido pan comido. Sonreí viendo el techo. Esto iba a ser una aventura muy loca y muy bonita. Tenía planes de hacerla sentir celosa hasta la locura. Sabía que no sería fácil, porque ella intentaría lo mismo. La diferencia, es que no la amaba y me negaría a amarla. No corría ningún riesgo de salir lastimado. Ninguno en absoluto.